

**SUFRIMIENTO Y GLORIA:
FUTURO
DE CENTROAMERICA
EN ESPERANZA CRISTIANA**



Juan Hernández Pico

1. Espiritualidad para los cambios sociales y culturales

Cuando en 1979 los Obispos latinoamericanos convocaron en Puebla a que todos los creyentes del continente aceptaran y asumieran "la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo", en Centroamérica vivimos una hora de gran efervescencia, de mucho sufrimiento, pero de cierta gloria para la causa de los pobres. Era el año en que se iba a producir en Nicaragua el triunfo de una larga lucha popular por la dignidad nacional desde el punto de vista de los pobres. Porque se partía desde sus aspiraciones y desde su masiva participación en la lucha, la dignidad nacional llevaba consigo el compromiso de promover la justicia, de ir derribando los muros de la desigualdad, de ir recuperando la voz y la decisión libre de las mayorías pobres. Movimientos semejantes sacudían con fuerza creciente a los pueblos de El Salvador y Guatemala. Había muchos sufrimientos, pero el caminar valiente de nuestro pueblo estaba lleno de dignidad humana y por tanto, de verdadera gloria, la gloria de responder a la vocación humana y cristiana de hacerse cargo de la historia y de comenzar a forjar una nueva sociedad. Una gloria que, dentro de todas las ambigüedades y miserias de haber tenido que ser perseguida

a través de la violencia forzada en último extremo, era sin embargo una de las semillas capaces de poder ir desarrollándose hacia "la plena condición de hijos", hacia el total "rescate de nuestro ser" más allá de la historia en el Reino de Dios apuntado en la esperanza de labrar una tierra mejor (cfr. Rom 8,23).

Todo lo que culminó en 1979 había sido comenzado en Centroamérica antes muchas veces. La situación actual de los símbolos populares indica que, desde el punto de vista de la causa de los pobres, la memoria histórica de los pueblos centroamericanos se había enriquecido con las luchas de Sandino (1926-34), con el levantamiento de los salvadoreños en la insurrección de 1932 y con la década democrático-revolucionaria de Guatemala (1944-54). Pero los últimos veinte años habían constatado un continuo clamor popular de solidaridad, dignidad y justicia y un ascenso creciente de la organización que se iban dando sectores crecientes de las mayorías populares. A ellos se iban adhiriendo grupos de personas nacidos en la abundancia o en la medianía, pero ganados por el grito del pueblo.

Contemporáneamente, la espiritualidad del Vaticano II llamó a los cristianos a considerar lo que importa la construcción del progreso en esta tierra para alcanzar el Reino de Dios (cfr. GS,39). La Conferencia de Obispos de Medellín vinculó la aceptación del don cristiano de la paz y del mismo Dios de la paz con el compromiso por la creación de un orden social justo que acabe con la violencia institucionalizada de la que son víctimas las grandes mayorías populares (cfr. Med., Paz). Medellín llamó también a una solidaridad preferencial de la Iglesia con los pobres, que luego Puebla ratificó y profundizó. La consecuencia fue que las luchas políticas populares en Centroamérica las llevó a cabo un pueblo creyente, cuya rebeldía encontraba fuerza en la conciencia más o menos clara de que la fe de la Iglesia daba justificación a su compromiso por la liberación. De ahí surgió además la entereza de muchos cristianos frente a la persecución de los poderosos amenazados en sus seguridades, y la sangre de tantos mártires.

No cabe duda de que todo ello se vivió con inmenso dolor, pero también con la expectativa de gloria que el aumento de libertad y de justicia y la entrega dedicada a la hermandad introducen en el caminar humano. "Los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada -dice Pablo- comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros" (Rom 8,18). Hubo al final de los años 70 un reflejo de la gloria del Reino de Dios, una chispa que apuntaba con su luz de amanecer hacia el "banquete que Dios ofrece a todos los pueblos en su monte", donde se acaben para siempre la muerte, las lágrimas y el oprobio (cfr. Is 25,6-8). Esto animó a muchos cristianos centroamericanos en los indecibles sufrimientos del compromiso con la causa de los pobres.

Hoy, en 1987, ocho años después, Centroamérica no es lo mismo. Parece haberse producido una confluencia de corrientes que indican un futuro cercano más negro o por lo menos más gris del que se esperaba en 1979, al final de dos décadas de esperanzados esfuerzos que terminaban en un triunfo popular. Con la modestia propia de los intentos de prever las corrientes sociales en su desarrollo, no se puede dejar de incursionar hacia el futuro para tratar de ver qué desafíos presenta a la espiritualidad cristiana alentadora de una misión que lleve el Evangelio al corazón de los procesos centroamericanos.

Prever las corrientes sociales a mediano o largo plazo (entendiendo dos o tres años por "mediano" y cinco o más por "largo" plazo) es extremadamente difícil. Para poder estimular la reflexión espiritual necesaria y animar a una acción cristiana que mantenga fidelidad a la causa de los pobres, hay que analizar las corrientes del pasado y tratar de reflexionar en el presente sobre las diferencias intuidas, proyectando sus tendencias hacia el futuro. El peligro es que el pasado quede una vez más bastante bien comprendido, mientras sea poco lo que se puede decir sobre el futuro. Pero el riesgo vale la pena. Analizar la realidad histórica es requisito racional para vivir la fe, de manera que el fuego de la fe contribuya a hacer arder la tierra (cfr. Lc 12,49). Analizar las semillas de futuro contenidas en el pasado y en el presente es hacer posible la

lucidez humilde de una fe que aspira a ser fermento de la historia humana (cfr. Mt 13,33) a través del Reino ya vivido en el compromiso espiritual, generoso, de los cristianos y de todos los justos con la historia.

¿En qué es diferente hoy Centroamérica respecto de la realidad que tratamos de abordar muchos cristianos hace ya casi otros veinte años, al recoger aquí los impulsos espirituales del Vaticano II y de Medellín? Esta pregunta fundamental quiere estar en la base del presente aporte. Trataremos de enfrentar un intento de respuesta, analizando cinco procesos de cambio que, a nuestro juicio, han cristalizado como **componentes de nuestra cultura, como experiencias culturales nuevas**. Hacia ellas tenemos que salir, como hacia el lugar fuera de la ciudad permanente que siempre preferiríamos mantener. La vida cristiana es camino hacia fuera del campamento, como dice la carta a los Hebreos (cfr. 13,13). Buscamos una ciudad futura (ibid. 13 14) porque, en seguimiento de Jesucristo, no podemos permanecer dentro de las murallas, apegados a la presencia de Dios en un período de historia, en una realización social o en una inercia cultural. Apegarse a la presencia de Dios en el templo cuando el templo era ya "una cueva de bandidos" (cfr. Mt 21,13) fue el pecado de los dirigentes del pueblo de Jesús. Por eso Jesús entregó su vida extramuros de la ciudad y del templo (Heb 13,12). Para que "Jesucristo sea el mismo que ayer y (siga siendo) el mismo siempre" (Heb 13,8) en nuestras vidas, los cristianos tenemos que salir a su encuentro en la historia que cambia, en la experiencia cultural que no es lo mismo que aquella de donde partimos y donde quisiéramos plantarlo como fermento. Veamos, pues, en qué intuimos que es diferente hoy Centroamérica para ir desarrollando el desafío de encontrar a Jesucristo y de seguirlo en esa historia y en esas experiencias culturales diferentes.

2. El proceso de profundización de la pobreza. Austeridad compartida.

Nuestra generación de cristianos se dejó impactar hace 20 años por la realidad brutal de la pobreza de la mayoría de la población. Al mismo tiempo que algunos

contribuyeron a investigarla y a empezar a denunciarla, se comenzó también a trabajar en proyectos de desarrollo y promoción social para tratar de aliviarla y de suscitar dirigentes populares que movilizaran a sus sectores para enfrentarla. "La miseria, como hecho colectivo, -diría Medellín- es una injusticia que clama al cielo" (cfr. Just.,1).

Muchos de aquellos proyectos de laicos, de religiosos y sacerdotes, de obispos, unidos a los de los estados, contribuyeron a acelerar la integración de los pobres (campesinos, indígenas o pobladores) a la economía nacional capitalista periférica. Después de unos años en que los niveles de vida tal vez aumentaron algo, la fluctuación desfavorable de nuestros términos de intercambio en el comercio internacional y la escasa inversión productiva del capital nacional unida a su insuficiente contribución fiscal, empobrecieron aún más a estas masas. Poco a poco surgió la comprensión de la inviabilidad de su mejoría económica dentro del sistema dominado por oligarcas y burgueses.

La investigación social, parte de ella de inspiración cristiana, fue arrojando luz sobre esta rigidez del sistema. Los resultados de esta investigación fueron poco a poco entregados a sectores del pueblo pobre y discutidos con ellos en el contexto de la búsqueda cristiana de la justicia. A partir de ahí, se dió el paso entre no pocos cristianos de pasar a colaborar con algunos sectores de los pobres en su organización para que trataran de irse preparando a intentar cambiar el mismo sistema. Los intentos de los pobres organizados, grandes en su conjunto, empezaron a desembocar en varios de nuestros países en programas activamente revolucionarios. En Nicaragua llegaron a una revolución triunfadora, venciendo la oposición tenaz a todo cambio evolutivo y pacífico por parte de los grupos de poder y de los Estados Unidos.

A nivel económico, el resultado en 1987 parece ser mayor empobrecimiento. Los conflictos revolucionarios y sobre todo los brutales intentos de contenerlos han sido causa conjunta de mayor empobrecimiento. Otra causa ha sido la continua explotación de nuestros países por el injusto sistema económico internacional. Otra,

la tremenda dependencia tecnológica y la baja calidad de los sistemas educativos, cuya base de población es además exigua. El gran recurso, la tierra, ha sido exageradamente desviado de su vocación alimentaria y encaminado a producir sin flexibilidad suficientes cosechas de agroexportación que redundan en beneficio de minorías y que, mal pagadas, son también causa del empobrecimiento general.

Hoy enfrentamos la realidad de la pobreza de modo mucho más duro y profundo. Su resistencia a cambios inducidos nos golpea. La conclusión a la que estamos tentados es declarar inútiles los intentos revolucionarios. Es una conclusión equivocada, una nueva forma de fatalismo. Los primeros resultados económicos de las revoluciones -tremendos cataclismos sociales- son casi siempre empobrecedores. Sin embargo, sólo a través de un cambio en las relaciones de poder se puede incidir en cambios económicos profundos con orientación popular, según la lógica de las necesidades de las mayorías. Mientras tanto, la profundización de la pobreza es un proceso social, cuya asimilación colectiva supone una experiencia cultural nueva. Lo que se nos ha ido imponiendo culturalmente es que el futuro de Centroamérica, aun con cambios internos en las relaciones de poder, es un futuro de pobreza por bastantes años. El redescubrimiento de la pobreza en nuestros países subdesarrollados sometidos a un injusto orden internacional acontece más profundamente cuando se lucha desde el poder conquistado de los pobres para superar la pobreza que cuando los pobres luchan para conquistar su poder.

¿Qué consecuencias tiene esto para el seguimiento de Jesucristo en Centroamérica? Nos empuja hacia terrenos propios de la misión cristiana global, más amplios y complejos que los que enfrentamos hace 20 años. No nos toca sólo la denuncia de "la injusticia que clama al cielo". No nos toca sólo contribuir, cada cristiano desde su campo, a cambios rápidos y profundos en el poder y a su consolidación, verdaderamente popular. Nos plantea además una acción en el terreno internacional para tratar de crear corrientes de solidaridad en los países ricos que

vayan poco a poco suscitando presiones en favor de un nuevo orden económico internacional. En el seno de nuestras Iglesias hermanas tenemos que apelar a una generosidad que, yendo más allá de la distribución de lo superfluo, vaya generando la disponibilidad para un cambio profundo en los estilos de vida del primer mundo. Es un ingente desafío, brotado de los pobres de nuestros pequeños países periféricos del tercer mundo.

En nuestros mismos países centroamericanos nos plantea una acción evangelizadora en la línea de la hermandad que lleve a una austeridad compartida. La pobreza no tiene que ser temida; lo que debe ser temido es el lujo y los niveles de vida minoritarios que dejen a las mayorías sin posibilidades de vivir austera, pero dignamente. Había una gran fuerza espiritual en las palabras sencillas de los obispos nicaragüenses el 17 de noviembre de 1979, una fuerza tal vez más necesaria hoy:

La guerra y, sobre todo, el orden social anterior, nos han dejado una herencia de penuria económica, a pesar de la riqueza de nuestro país... Hay que prepararse para soportar austeramente la escasez e impedir que sean las mayorías sin recursos las que tengan que soportar sus consecuencias. Los cristianos, conscientes del llamamiento del Señor a la pobreza, debemos ser los primeros en aceptar con alegría y generosidad ese tiempo de estrechez que dará paso, estamos seguros, a una vida más plenamente humana y fraterna (tercera parte de la carta).

La fuerza ética contenida en el centro del Evangelio, el amor preferencial a los pobres como presencia fraternal privilegiada de Jesucristo, da una profundidad última a los insoslayables esfuerzos de imaginación económica que tenemos que ayudar a desplegar. Nos desafía además la profundización de la pobreza a una acción evangelizadora en la línea de elevar las posibilidades educativas de las mayorías para que puedan aprovechar en forma creciente los instrumentos humanos y técnicos necesarios para crear más bienes y administrarlos.

La profundización de la pobreza nos plantea una

acción evangelizadora en la línea de revalorizar el trabajo, sobre todo el productivo. El trabajo explotado en contexto de miseria y de opresión está desprovisto de humanidad, de gusto vital, y produce en los intentos revolucionarios grandes descensos de productividad como reivindicación histórica contra la explotación. Aportar más trabajo, aunque más digno, en una línea servicial, como uno de los aspectos del compartir, es un reto humano y cristiano que debemos contribuir a suscitar. Nuestros ideales bíblicos de construir casas para que las habiten los constructores y plantar tierras para que de ellas coman quienes las trabajan (cfr. Is 65,21), así como las visiones seculares revolucionarias de progreso material, no pueden ser abolidas, pero tienen que ser fecundadas por la visión del alimento ganado con el sudor de la frente y de los panes que se multiplican cuando se comparten.

Todo esto supone una labor de intento de cambio cultural cercana a la que el Evangelio nos señala: cuando en circunstancias revolucionarias apremia la necesidad debemos aportar cristianamente la creación de confianza en que el Padre asegura el alimento necesario a través de la búsqueda de la justicia del Reino que es hermandad (cfr. Mt 6,19-34). Debemos vivir y buscar la alegría de la vida en un compartir que garantiza el pan de cada día, pero con fiesta, en forma de banquete anticipado por la hermandad ("Nuestro pan del mañana dánoslo hoy", dice una de las versiones del Padre Nuestro -Mt 6,11-, enseñándonos a pedir que la alegría del Reino de solidaridad total esté ya sembrada en nuestro diario compartir el alimento necesario). Debemos también estimular a que se incorporen a la cooperación humana todos los talentos, exigiendo que den de sí todo lo que aparentemente no tenían. Se trata de un espíritu y de una misión apostólica como fermentos de una revolución cultural, de un cambio hacia una civilización de sencillez compartida.

Para ello tenemos que examinar nuestra propia austeridad, nuestro propio compartir, nuestra propia alegría en la sobriedad, no sea que carguemos con un testimonio en contra. Se trata de un reto para todos los cristianos, pero sobre todo para los que provienen de clases altas,

para los religiosos, para los sacerdotes y los obispos. Porque hemos de tratar de contribuir a contrarrestar la penetración cultural del consumismo. El consumismo no es sólo patrimonio de los grupos dominantes minoritarios, no sólo es tentación de cuadros revolucionarios, sino que también ha alcanzado a muchos grupos de la clase media y de la población popular, a través de la migración a Estados Unidos de parientes y amigos y sobre todo a través de la mercantilización de la vida cotidiana, que se exacerba en la escasez (el capitalismo convierte todo en mercancía y tiende a desalojar la cultura del don y de la hospitalidad). Si muchos cristianos hemos colaborado a los procesos revolucionarios, no podemos desentendernos de una responsabilidad seria en la profundización, al menos temporal, de la pobreza. Es indudable que debemos profundizar nuestra austeridad y nuestros modos de compartir.

3. El proceso de represión prolongada. Memoria y libre participación

Nuestra generación de cristianos se dejó impactar hace 20 años por desigualdad. Casi más que la pobreza nos golpeó el irrespeto, la inferioridad humana en que se ubicaba a las mayorías de la población. Descubrimos que la miseria se sostenía por la naturalidad con que un grupo de privilegiados consideraba a la mayoría de la población como a sus inferiores y por la naturalidad con que un país imperial miraba a nuestros pequeños países como sometidos. Bastantes de entre nosotros quisimos ayudar a la gente a desafiar este orden del mundo, tan contradictorio con los mandatos de Jesús y con los ideales cristianos de comunidad de iguales (cfr. Jn 13,1-17 y He 2, 42-47). Tal vez ese fue el desafío mayor que se nos presentó.

La respuesta nos sorprendió mediante la terrible experiencia de la represión. Antes la represión estaba escondida en el funcionamiento sumiso del pueblo pobre y de nuestras naciones sometidas. El Evangelio se nos presentaba tan evidentemente igualitario y promotor de libertad que no esperábamos que tanta predicación de amor pudiera coexistir con tanto desprecio a los pobres

y tanto endurecimiento de odio entre cristianos atrincheros en la riqueza y el poder, en la superioridad. El movimiento que pretendía la participación política, la palabra libre de las mayorías, el ejercicio de su dignidad, hizo aflorar este desprecio y este odio y desencadenó una tremenda represión. La experiencia de la reacción frente a la predicación del Arzobispo Monseñor Romero, de su asesinato, de la persecución que muchos sacerdotes, religiosos y laicos innumerables experimentaron, se ubica aquí también.

La represión, en sus formas más bestiales, ha rebajado su fuerza. Hoy no parece probable que se mate a sacerdotes y religiosas en Centroamérica, porque los símbolos de contención de la marea humana de la participación y de la dignidad quedarían demasiado manchados por tales muertes "prominentes". Únicamente bajo la forma de la guerra injustamente impuesta se mantienen los grados más brutales de represión (en El Salvador en bombardeos indiscriminados y subsiguientes incursiones -que tienen en las minas su respuesta-; en Nicaragua en las emboscadas a civiles, en las minas, las destrucciones de objetivos económicos y sociales y los asesinatos con crueldad en zonas de guerra; en Guatemala, en El Salvador y a veces en Honduras, las desapariciones y asesinatos selectivos de figuras no tan prominentes).

En cambio, hay hoy en marcha un esfuerzo más sutil de intentar de nuevo la domesticación de la gente. Se ha sembrado suficiente terror como para intentar ahora cosechar el miedo y la parálisis. La guerra de baja intensidad y alto simbolismo mantiene una prolongada siembra de desgaste para intentar cosechar apatía y aun desafecto frente a los proyectos revolucionarios. Por otro lado los medios de comunicación han sido tan hábilmente manipulados que se ha logrado aislar a amplias regiones de nuestros países donde la represión ha sido horrenda, de otras donde no lo ha sido tanto y que -como consecuencia- ignoran la experiencia vivida por grandes mayorías. En realidad, detrás de los actuales modelos de "democratización" hay muy poca participación real, aunque hay espacios algo más abiertos. Se concibe a las mayorías como fieras que

hay que domesticar. El entrenamiento mayor se hace en proyectos del tipo de los "polos de desarrollo" y de las "aldeas modelo" (Guatemala) o en programas como "Unidos para reconstruir" (El Salvador). Muchos de nosotros vemos Nicaragua como una excepción, en donde, a pesar de abusos -bastantes castigados- y a pesar de un estado de emergencia que no es "estado de sitio", ha habido avances notables en dignidad, en capacidad de palabra crítica, en márgenes de libertad cotidiana para las mayorías. Pero en general tenemos que contar en Centroamérica con que vivimos en la post-represión.

¿Qué consecuencias tiene esto para nuestro seguimiento de Jesucristo en Centroamérica? No podemos dejar que se olvide la represión, que ha desvelado el verdadero rostro del sistema, ni podemos pasar por alto la aspiración de la gente de ser respetada y a participar libremente. No podemos creer que las aguas han vuelto ya a su cauce de normalidad. Más que nunca vale tal vez hoy una "opción preferencial y solidaria por los pobres" (Puebla, 1134), un paciente caminar con ellos, asumiendo en algunos de nuestros países su experiencia de terror que se ha condensado en un horizonte de miedo; asumiendo en otros su experiencia de aprendizaje lento de su decisión de lucha; y asumiendo también, donde ya se ha dado, su experiencia de inicial liberación, condensada en un horizonte de nuevas potencialidades de libertad. Y en todos, asumiendo el deseo de muchos de que se reivindique la justicia y aprendiendo de los pobres sus mecanismos de resistencia y de esperanzada sobrevivencia, que a veces no les dejan mucho tiempo para la participación explícita, política o religiosa.

Al celebrar la fe en Centroamérica en estos años que vienen, al celebrar la Eucaristía "en memoria de Jesucristo" (Lc 22, 19), tendremos que ampliar nuestra visión para hacer memoria de los masacrados, de los desaparecidos, de las víctimas de la guerra, de los mártires. La espiritualidad cristiana en Centroamérica tiene que ser espiritualidad de la memoria activa, siempre "mirando al que traspasaron" (Jn 19,37) y recogiendo su mandato de partir y compartir la vida como Jesús y los masacrados y reprimi-

dos lo han hecho (cfr. Jn 13,15). Sufriendo con el pueblo habremos de aprender a obedecer el llamado a la dignidad que Dios hace a ese pueblo de los pobres (cfr. Heb 4,8).

Tendremos que ejercer el oficio de consoladores, crear y recrear la confianza, aprender formas de acción llenas de paciencia, prudencia y astucia, dejándonos en esto evangelizar por los pobres. Habremos de escuchar los anhelos populares de paz y de diálogo, penetrar en su carácter y contrastarlos con las propuestas políticas que a veces intentan encauzarlos y a veces utilizarlos. La paz y el diálogo a los que contribuyamos no podrán ser aquellos que dejen en sus puestos o vuelvan a colocar ahí a los mismos represores y sobre todo a las mismas estructuras de domesticación, ni tampoco aquellos que intenten obligar a nuestros pueblos a revertir sus procesos de liberación. Sin embargo, para llegar a ellos sí será necesaria mucha flexibilidad y generosidad. Será sobre todo necesaria mucha participación popular para que los caminos hacia el diálogo y la paz sean dignificadores.

Habrà que buscar, por tanto, una evangelización que suscite la participación social, política y cultural (que incluye la religión como medio privilegiado de expresión cultural de nuestros pueblos) del mayor número de gente, sin ceder a esquemas autoritarios, bien sean caudillistas, populistas, caciquistas, vanguardistas o copias de ellos en las estructuras de la Iglesia (cfr. Lc 22,24-27). Nuestros pueblos necesitan liderazgos que les posibiliten ser sujeto político en su historia, pero los necesitan articulados con sujetos sociales y culturales en los que el mismo pueblo de los pobres y quienes hacen opción por ellos se movilicen.

La insinuación que brota de la post-represión podría evocarse como aquel rumor que le llegó a Jesús de parte de los fariseos: "Vete, márchate de aquí, que Herodes quiere matarte". Es el rumor que capitaliza sobre el horizonte del miedo. Tal vez la respuesta deba ser la de Jesús: "Vayan a decirle a ese don nadie: 'mira, hoy, mañana seguiré curando y echando demonios; al tercer día acabo'. Pero hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi viaje, porque no cabe que un profeta muera fuera de

Jerusalén" (Lc 13, 31-33). Es a continuación cuando Lucas pone el llanto de Jesús sobre Jerusalén, que revela el profundo amor de Jesús a su pueblo, desafiándonos así a una espiritualidad de firme dignidad de hijos de Dios, hecha de tal amor a nuestro pueblo que mantenga la pequeña llama de nuestra esperanza viva en el contacto con la llama, pequeña también pero poderosa, de la esperanza viva de los pobres. Por eso, especialmente los hombres de Iglesia, debemos también rechazar toda tentación de asumir liderazgos que nos hagan "reyes" (cfr. Jn 6, 15), porque lo que importa es que nuestros pueblos vayan haciendo "un pueblo de reyes", un pueblo que, venciendo el miedo y la apatía, actúe con libertad y dignidad, dando pasos en el camino de hacer su propia historia.

4. La realidad de los procesos revolucionarios. Fidelidad y discernimiento

Nuestra generación de cristianos se dejó impactar por la experiencia que el pueblo ha hecho en Centroamérica de los procesos revolucionarios. Esta ha sido una experiencia singular de Nicaragua, pero también se ha dado en momentos de auge de los movimientos populares revolucionarios de El Salvador y Guatemala. La realidad centroamericana nos ha dado la experiencia de lo razonablemente imposible, del triunfo de los despreciados y los débiles sobre los prestigiados y los poderosos: Quien ha vivido en Nicaragua sabe que el pueblo ha vivido horas de alegría colectiva antes nunca soñadas. Pero en pueblos indígenas de Guatemala, por ejemplo, también se pedía echar las campanas al vuelo el día del triunfo sandinista. Sin embargo, la revolución se ha vuelto, aún más de lo que lo fue antes de suceder, signo de contradicción, objetivo de una gran lucha cultural, bandera discutida.

Nos referimos, por supuesto, al fenómeno de intensa propaganda que la ha presentado ante nuestros pueblos como una traición a la libertad y al sentimiento religioso. Pero sobre todo nos referimos al choque experimentado por quienes la han vivido, cuando la revolución ha sido una experiencia de palpar las grandes limitaciones de nuestros países para mejorar rápidamente. Hemos comprobado en

la realidad que el cambio de relaciones de poder no garantiza el cambio rápido de los hábitos burocráticos, de la costumbre de vivir gracias a la viveza o al vivianismo, de los caciquismos locales, del verticalismo en las relaciones de poder con el pueblo, de la inflexibilidad en algunos supuestos ideológicos (por ejemplo, la suposición del atraso esencial del campesinado, de la superioridad de la ciencia sobre la fe como visiones de la vida, etc.), sin hablar de las incompetencias técnicas o de la escasez, que ya tratamos en el punto de la profundización de la pobreza.

En cierto sentido, toda esta situación nos convierte en gente de la post-revolución. La inclinación tentadora es aceptar que la revolución es un gigantesco fraude o al menos una enorme decepción. A veces, incluso llega a formularse como el mal mayor, cuando entre cristianos se interpretan los indicios de inflexibilidad como marchas inevitables hacia el totalitarismo y hacia la hostilidad a la fe. Por otro lado, la gran resistencia opuesta a la revolución desde los EE.UU. arroja sombras de incertidumbre sobre el futuro de la revolución. La prolongación del conflicto en nuestros países indica que vamos a vivir por bastante tiempo en esta incertidumbre y que los esfuerzos por mejorar la sociedad van a tener trabas adicionales a su dificultad intrínseca y propia. Además, la revolución cambia los protagonismos. En la post-revolución nuestro papel cristiano de voz de los sin voz y aun de brazo de los sin brazo cambia.

Frente a esta realidad post-revolucionaria, el anterior General de los jesuitas, P. Pedro Arrupe, anticipó quizás con lucidez la formulación atinada de una actitud fundamental cristiana de cara a los proyectos populares: "apoyo crítico" al proyecto histórico que encauza la causa de los pobres, en un esfuerzo de continuo discernimiento. Discernimiento significa, en su aplicación a la historia, partir de la base de la lucha que entablan en los procesos históricos el Espíritu del Padre y de Jesucristo y el espíritu del mundo. Nuestra misión, ejercitada en este discernimiento, no puede basarse en una espiritualidad de temor: "No hemos recibido un espíritu que nos haga esclavos y nos vuelva al temor" (Rom 8,15). Nuestra misión

de evangelizar el corazón de los procesos revolucionarios no puede ser paralizada ni por miedo al totalitarismo ni al ateísmo militante, como si fueran -si se dan- no parte del espíritu del mundo que la fe puede vencer (1 Jn 5,4), sino una especie de segundo "Díos" maniqueo capaz de instaurar "horas" definitivas del poder y de las tinieblas.

La historia le dio una oportunidad al capitalismo en nuestros países, una oportunidad cuya incapacidad de atender a los mínimos de la vida de las mayorías apunta hacia su falta de futuro. Nuestros pueblos tienen derecho a ensayar otra oportunidad histórica y a mirar su alternativa con la esperanza cristiana que supera, según Pablo, la contradicción entre expectativas de liberación y sometimiento al fracaso como experiencias existenciales y culturales (cfr. Rom 8, 18-39). Como toda alternativa humana, la alternativa revolucionaria debe ser criticada libremente, pero tiene que serlo con la actitud de los misericordiosos de las bienaventuranzas, es decir, estando siempre dispuestos a comprometerse con los proyectos que intentan avanzar hacia dar la tierra como herencia a los pobres. La post-revolución es un desafío a la fidelidad cristiana, a una fidelidad semejante a la de Jesucristo a la historia humana ("yo estaré con ustedes todos los días hasta el final de la historia" -Mt 28,20). La incertidumbre de la alternativa revolucionaria es el más grande desafío a la esperanza, porque es el desafío que provoca la inagotable esperanza de los pobres, desde su debilidad la más paradójica de las esperanzas humanas. La esperanza es cristianamente siempre la resolución de los vaivenes de la vida y de la historia. No puede faltar nunca en la espiritualidad cristiana y mucho menos en un proyecto histórico a contracorriente de los poderes de este mundo, un proyecto que, con errores y miserias, intenta crear cauces políticos a la esperanza de los pobres.

Finalmente, la inserción de la misión cristiana en un proceso revolucionario que da a sectores populares nuevos protagonismos, es un desafío que implica una reubicación de nuestros servicios apostólicos. Para ello es necesario discernir y definir dónde podemos comprometernos mejor, dónde podemos hacer el bien más universal, cómo, dónde

podemos aportar lo que otros no pueden aportar. Aquí hay un llamado a la inagotable disposición cristiana al servicio, por humilde que sea.

5. La emergencia de lo personal a través de la participación. Amor interpersonal y realizaciones comunitarias.

Nuestra generación cristiana se dejó impactar por lo social. Nuestra realidad se encontraba socialmente viciada. Junto con otros, descubrimos los mecanismos colectivos de explotación económica, de la opresión política, de la manipulación cultural. La realidad social se nos impuso con su enorme peso. La conciencia de la "violencia institucionalizada", de las "estructuras de pecado", se abrió paso en los documentos pastorales de Medellín y de Puebla. La cristalización de los procesos históricos en estructuras sociales había sido un gran vacío en nuestras preocupaciones. Tuvimos la experiencia de las grandes manifestaciones populares que intentaban resolver los problemas de la existencia con los procesos de concientización, de organización, de politización. La cultura de lo estructural adquirió una fuerte prevalencia en sectores populares avanzados de nuestros países. Por otro lado, también los movimientos de propaganda anticomunista, de represión, de intentos de realineamiento reaccionario de las masas, al intentar ganar su mente y su corazón, fueron operaciones de envergadura estructural.

Creemos ver hoy un movimiento hacia la emergencia de lo personal, un movimiento de personalización en Centroamérica. No se trata de la atención intimista a los problemas individuales de miembros de las clases medias o de la forma como los movimientos religiosos entusiastas (evangélicos o católicos) abordan las necesidades personales de gente asustada por las sacudidas sociales estructurales o angustiada por las estrecheces de la vida social injusta. Eso existe, pero no es a eso a lo que nos referimos. Más bien se trata de que la participación en movimientos sociales ha iniciado el quiebre de los esquemas de la familia tradicional, de los mecanismos de sostenimiento colectivo de la personalidad y ha desencadenado un crecimiento de la importancia de la personalidad individual.

Los estados de soledad son hoy más comunes, precisamente por las exigencias que provoca el compromiso social de participación. Son más generales las reivindicaciones de afectividad interpersonal, de comunicación menos estereotipada. El mundo de las relaciones simbólicas interpersonales está haciendo irrupción.

Este proceso desafía a la misión de los cristianos, exigiéndole no perder de vista la perspectiva de lo estructural que ya se ha ganado, sino sintetizarla con una atención delicada a la realidad más emergente del amor interpersonal. Desde el punto de vista de la espiritualidad que una pastoral atinada debe suscitar, la experiencia religiosa de la acción por la justicia debe ser discernida y enriquecida con la profundización personal y comunitaria de la experiencia de Dios que produjo el llamado a esa misma acción por la justicia: aquí está el puesto del retiro, de la tradición cristiana de guía (o dirección o acompañamiento) espiritual, que mantiene vivo el sentido de gratuidad y la apertura a ser llenados ya desde ahora con la experiencia de la lealtad y ternura absolutas de Dios a cada persona en su experiencia de lucha desgastante. Tanto la recuperación de las devociones populares en el nuevo contexto de lucha de un pueblo por su liberación, como la recuperación de esta experiencia personal de vocación cristiana se han dado casi coincidentemente en una parte de la experiencia eclesial en Centroamérica. Su unión en el seguimiento de Jesús es la misma unión que hubo en su vida entre su actividad de palabra y de símbolos frente a las multitudes y su ilimitada acogida a las personas.

Parece una banalidad decir que la realidad humana es social e individual, estructural y personal. Tal vez no sea banal si lo que estamos experimentando es la emergencia en Centroamérica hoy de un proceso de personalización que ha brotado de la mayor dignidad adquirida por el pueblo en sus movimientos colectivos de participación y también de las sacudidas producidas por los desarraigos que ellos han ocasionado. Los procesos revolucionarios, en concreto, han abierto la posibilidad de quiebre de los hábitos de relación interhumana y en este sentido

han sometido esta relación a grandes desajustes, pero también han liberado para un potencial nuevo a la energía de amar personalmente. La comunidad, la vida en común, es el lugar cristiano privilegiado del amor interpersonal. Por eso la personalización que está emergiendo en Centroamérica supone un desafío para la vida comunitaria, la vida de las comunidades de base, la de las comunidades de religiosos, etc. En estos tiempos recientes es la misión lo que se estuvo resaltando. Hay que seguir haciéndolo. Pero parte de esa misión debe ser hacer de nuestras comunidades lugares de mayor amor y comunicación interpersonal y células, así, de procesos históricos que personalicen.

6. Nueva constelación de valores en formación. La fe inculturada y liberadora

Nuestra generación de cristianos fue golpeada hace 20 años por una constelación de valores culturales, que se podían considerar dominantes en la sociedad centroamericana. La espléndida afirmación de la vida de los privilegiados en medio de la miseria de las mayorías. La cómoda y segura vida de salud y de consumo de los grupos dominantes frente a la precariedad e inseguridad de la enfermedad y del hambre de tantos. La tranquilidad en la posesión del poder frente a la resignación en la sumisión, propia de la debilidad. La educación y la cultura como patrimonio de ricos y el silencio de las mayorías. El prestigio y la riqueza provenientes de la concentración de la tierra en manos de pocos y la insignificancia y la estrechez de los despojados de tierra. El monopolio de las armas en los grupos dominantes y la indefensión de las mayorías. El culto a los valores norteamericanos y el desprecio a la patria mestiza e indígena, apenas encubierto por nacionalismos retóricos. La moralidad de la gente conocida, mezclada con machismo y autoritarismo patriarcal, y la inmoralidad de la chusma. La religión estereotipada y sustentadora del orden y la exuberancia "ignorante" y folklórica de la religión del pueblo. La represión normal de los alborotadores y la paz de los represores.

Todos estos hechos sociales estaban convertidos en derechos, elevados a valores, y constituían el cemento de

una cultura. La capacidad de crear opresión y sufrimiento resultaba atemperada por cierto paternalismo propio de las oligarquías, que entre los años cuarenta y sesenta se fue disolviendo con la consolidación de las burguesías, más conscientes de las leyes impersonales de la acumulación de capital. Con menor fuerza que en la imaginación cultural del capitalismo central desarrollado, también en Centroamérica se suavizaba la desigualdad y la injusticia con la imagen de que la prosperidad podía venir del trabajo serio y ahorrativo y de la voluntad de competir, supuesto el talento. La experiencia de los límites estructurales para esta movilidad social convirtió la simbiosis entre patrón y peón, entre finquero y colono, entre criollo y mestizo o ladino e indígena, en dura contradicción.

El proceso estaba ya bastante adelantado hace 20 años. En esa corriente de contradicción a los valores aceptados se insertó una parte importante de nuestra generación cristiana. Por opción, se participó de las aspiraciones populares o se vivió en el mismo terreno popular de raigambre cristiana que fue corresponsable de su surgimiento. Esas aspiraciones han ido consolidándose como derecho y convirtiéndose en valores culturales emergentes. Aspiración a la vida frente a la experiencia de muerte y de tortura por hambre, enfermedad o violencia. Aspiración a un consumo mayor y más seguro desde la experiencia de precariedad permanente. Aspiración a la tranquilidad desde la experiencia del miedo. A la palabra popular y la educación masiva desde el silencio oprimente. A la tierra desde el despojo de la tierra. A las armas en manos del pueblo desde la experiencia de la indefensión. A la dignidad nacional y soberanía desde la insignificancia, la inferioridad frente a "los gringos" y el desprecio colectivo. Al amor desde la experiencia del machismo o del autoritarismo patriarcal. A la expresión religiosa participada y liberada frente al formalismo y los horizontes cerrados y conflictivos de la religión del orden establecido (fenómeno no sólo de cristianos revolucionarios, sino de cristianos carismáticos conservadores y de sectas evangelistas). Al respeto de las identidades culturales frente a la discriminación. A la verdad de la realidad frente al engaño de las promesas. A la paz frente a la guerra.

Hace 20 años hubo cristianos entre nosotros, laicos y agentes de pastoral jerárquicos, que fueron parte modesta de los pequeños grupos centroamericanos que formulaban esta nueva cultura. Lo hacían en gran parte desde la crítica cristiana a la cultura dominante y desde el deseo de encarnación en las mayorías populares, y en parte, escuchando, en situaciones de inserción, aquel "sordo clamor" de que hablaba Medellín. No siempre la propuesta cultural tomaba en cuenta las redes populares de elaboración y asimilación de la cultura.

Hoy, para seguir el camino recorrido de Medellín a Puebla, el "clamor" que oímos es "tumultuoso". Hoy las aspiraciones populares se han hecho oír durante una década al menos, en forma de erupción volcánica de una nueva cultura, porque la propuesta estaba implícita ya en el terreno fértil del pueblo y ha sido a veces superada en fuerza.

Esta nueva cultura no es probablemente tan nítidamente definible como la hemos intentado dibujar en este aporte. En primer lugar, tiene que ser vista como polo opuesto a la cultura anteriormente dominante, y por eso sus rasgos se han hecho resaltar polarmente. Pero precisamente la larga dominación de aquella cultura de minorías y su obstinación en sobrevivir y perpetuarse, apuntan a la permanencia aún masiva de una constelación de valores antinacionales, elitistas, serviles, arribistas, individualistas, machistas, formalistas, en una palabra, antisolidarios (si bien a veces representan, como expresión de una lucha por la sobrevivencia, la otra cara de un heroísmo popular tenso de solidaridad). La inercia cultural tiene un peso enorme en las relaciones sociales que sostienen la cultura.

En segundo lugar, es cierto que la capacidad cada vez menor del sistema capitalista de crear bienestar para grandes partes de la humanidad e incluso las crisis en ciclos cada vez más cortos del sistema en sus centros más desarrollados, han ido secando sus fuentes de legitimidad y produciendo escándalos que hacen tambalearse la moralidad de los valores proclamados. Las guerras perdidas o inconclusas, de alta o baja intensidad, revelan el descenso

de capacidad de convocatoria de estos valores entre el pueblo de los países occidentales, incluido el norteamericano. Sin embargo, menor capacidad de convocatoria no significa derrota definitiva de estos valores antisolidarios. La guerra intenta mantenerlos y lo consigue en parte, trabajando naturalmente sobre las inercias culturales y sobre la condición humana. En consecuencia, la nueva cultura popular en Centroamérica está todavía penetrada de inercias, está además en proceso incierto de consolidación y está amenazada por la inseguridad y la incertidumbre frente a la guerra que la quiere hacer abortar. A pesar de todo, es un proceso "tumultuoso" y se ha convertido en un proceso autóctono de partes importantes de nuestro pueblo.

Para la misión cristiana es aquí donde creemos que se plantea realmente el desafío de la inculturación. Los movimientos revolucionarios de vanguardia, acosados también por la inercia cultural en la vida diaria de algunos militantes, cuadros y dirigentes, y también los movimientos cristianos liberacionistas, igualmente contaminados por incoherencias éticas, no siempre saben qué hacer con estas inercias culturales. Es un gran desafío contribuir a encontrar puentes éticos que cubran la distancia entre el entusiasmo y la heroicidad extraordinarios y la fidelidad y trabajos cotidianos. La nueva constelación de valores y de símbolos y las inercias que se le oponen tienen como cocreador y sostenedor al pueblo centroamericano, a sus movimientos de vanguardia y a sus masas, en sus redes de convivencia y de comunicación, en las familias, en las vecindades, en los mercados, en las unidades de producción, en los refugios y reubicaciones, en los movimientos religiosos, en los hospitales, en las universidades y escuelas, en las zonas de guerra. Ahí es donde está creciendo y configurándose.

La misión cristiana evangelizadora debe ampliar la capacidad de escucha, debe impulsar a la inserción en este pueblo, a bañarse en sus nuevas fuentes culturales y también a escuchar y comprender las elaboraciones cultas de sus nuevos liderazgos. Se exige una espiritualidad encarnatoria, pero que pueda mantener vigorosamente la capacidad cristiana de liberar la cultura, de llevarla

siempre más allá, en camino hacia los valores del Reino, en éxodo fuera de las murallas, a través de una libertad y verdad que llevan a la cruz y de ahí a la verdadera vida. Lo nuevo es que estamos en una verdadera encrucijada, en una frontera cultural. Por eso es importante que el servicio cristiano al encuentro del Evangelio de Jesucristo con esta encrucijada cultural sea hecho con una metodología que facilite que la fe sea fermento y reciba también la riqueza humana de una nueva expresión cultural. Para aquellos cristianos que no son pobres y que, laicos o no laicos, quieren servir apostólicamente, la inserción entre los pobres que han tenido puede no ser suficiente. Tal vez hace falta más que antes no sólo vivir para los pobres sino estar con ellos y entre ellos y entender la inserción no sólo como exigencia de austeridad, de acompañamiento solidario a la estrechez y al dolor del pueblo -de eso ya tratamos antes-, sino como indispensable instrumento apostólico.

Este aporte ha intentado esbozar cinco procesos de cambio a los que ha sido sometida la realidad centroamericana durante los últimos ocho años. A la vez se ha propuesto un énfasis en rasgos de la espiritualidad cristiana para ayudar a responder a esta realidad cambiante que se está convirtiendo en un cambio de alcances culturales profundos. Se trata de responder desde la vitalidad de la fe que con humildad intenta mantener vigente la opción preferencial y solidaria con los pobres. Se trata de que cada grupo de cristianos responda desde el carisma propio que le ha sido entregado en la riqueza de la gracia de Dios. Se trata de saber usar como instrumento la mediación del análisis de esos procesos de cambio, con la modestia propia de lo que los análisis pueden lograr. Se trata de responder con gran creatividad misionera, apostólica, para hacer que la fe no pierda su carácter de fermento de los procesos históricos.

No parece probable que entremos a un período de pasividad popular profunda, de cancelación de la coyuntura revolucionaria y de regreso a la situación previa a 1975, año en que la última oleada popular estaba creciendo, al menos en El Salvador, Guatemala, y Nicaragua, año en

que se implantó también en Honduras el gran miedo después de la masacre de Los Horcones en el curso de la marcha campesina hacia la capital. Pero la continuación de la coyuntura revolucionaria la protagonizan hoy unos pueblos que han asimilado profundamente en su experiencia cultural la resistencia de la pobreza a dejarse superar, el horror de la represión sin máscara (que incluye el intento estadounidense de cancelar los procesos revolucionarios por medio de la guerra), las alegrías y los realismos de los procesos revolucionarios, la emergencia de un proceso de personalización, y la lucha por el derecho a toda una nueva constelación de valores en medio de la inercia cultural. Los cristianos debemos vivir estos procesos novedosos y buscar en esa historia que cambia el mayor servicio liberador (que pasa por la cruz) dentro de la profundización de nuestra inserción encarnatoria en el pueblo de Centroamérica afligido y esperanzado.

Este aporte no quiere ser sino una hipótesis de trabajo para ser enriquecida e incluso remozada en la reflexión y en la oración, en el seno de los grupos cristianos comunitarios. En un año en que los cristianos de El Salvador han celebrado el décimo aniversario martirial del primer sacerdote asesinado, el P. Rutilio Grande, S.J.; en un año en que se conmemora la gran masacre de colonizadores guatemaltecos en el municipio de Cuarto Pueblo en el Ixcán guatemalteco, debemos vivir de la memoria de los mártires, que siguieron las huellas de Jesús. Su memoria debe ser acicate para que continuemos buscando en Centroamérica "la gloria de Dios que es la vida del pobre", según decía Monseñor Romero, y para que no confundamos vivir de la memoria acuciante martirial con instalarnos en glorias pasadas.

